

Miscelánea

RECUERDO DE CHINA

El Archipiélago Orwell

*Textos escogidos**

Mercedes Rosúa
www.elrincondecasandra.es

Una persona joven, pero que abandona lentamente el territorio de la adolescencia, repite las frases que para ella han escrito los responsables de la escuela de lenguas donde estudia. Sin asomo de duda, sin que la menor perplejidad aflore hasta sus ojos, enuncia:

No importa que las palabras de los conductores sean ininteligibles para nosotros, porque comprendemos su sentido.

Y en él, que no lo ve, se encarna y muestra uno de los más puros ejemplos de un universo tan vasto como carente de cartografía, los caminos opuesto a la libertad que configuran el pensamiento y el sistema totalitarios. Nada sabe-y todavía nada sé-de George Orwell, de la unión de contrarios y la violación impasible de la lógica, de la disolución del razonamiento y de la sumisión última por la cual la Tierra no se mueve y dos más dos sumarán la cantidad que los dirigentes quieran. El estudiante repite su texto, cuya pronunciación deberá mejorar en las clases con la profesora occidental.

Estamos en otro mundo. No es de recibo extrapolar la China de los setenta a la Europa de los ochenta, a la España del clarear del siglo XXI; tiempo inmemorial separa aquel planeta de este otro, que late sin fronteras ni horarios en un portulano de mensajes cruzados, pantallas y vacío. Y sin embargo las frases de imposible entierro, los gestos, temores, poder y servidumbres encienden las alarmas, mantienen su apremio y su vigencia, sobrenadan a las capas de piel ajada y desaparecida, al cambio de los seres y de los años. Habría que recluirlas en el desván donde el anciano militar cuenta incansablemente su batalla, en el derruido territorio que almacena los andamios de las tres cuartas partes de una vida; sería prudente alejarles de la triste tribu de excombatientes del 68; deberían despacharse sin más para que dejen sitio y aire a la voraz construcción de un presente apremiado por su volátil caducidad. Es imposible. Mundo de Orwell, archipiélago de Orwell, quien te probó lo sabe, tu contacto, tu aspecto frente a frente, y, no menos es-

* Recuerdo de China es el título del Capítulo I de la obra de Mercedes Rosúa *El Archipiélago Orwell*, Madrid, Unisón Ediciones, 2001.

tremecedor, el extenso muro de caras mudas que te salvaguardaron y velaron, que ofrecieron en ti una superficie propia para el trazado de las quimeras y los sueños, los turbios cálculos personales y las mudables formas del rencor. Hubo un largo tiempo de muros, y cada rostro silencioso fue un solidario bloque de las altas paredes encaladas. Aventados sistemas y fronteras, no por ello desaparecieron de la existencia. Sus remolinos giran, poseen grandes y estables feudos, se enredan en las zonas de sombra descuidadas por la precaria luz de cada día, medran en reductos desprotegidos a los que su poca rentabilidad concede escasa atención.

Estábamos en otro mundo-y entonces la conciencia se arrellana en los confortables límites de un puesto seguro, sonríe displicente ante las obsesiones caducas y se compadece de un bagaje vital tan pobre que sólo le cabe agitar espantos del pasado-, las cosas ya no son, nunca podrán ser así, la televisión lo muestra todos los días, como ofrecería imágenes-todo llegará- del pasado remoto en el que los cruzados medían lanzas o que primates diminutos disimulaban su existencia tras las hojas. De aquel 1973-74 llega una presencia que no es única, cuya característica reside, justamente, en la reiteración infinita, a través de personas similares, de una muy reducida gama de consignas, de media docena de tópicos desligados de las nociones de objetividad y de verdad, con los que se pretende representar el vasto universo e incluso las dimensiones históricas de pasado, presente y futuro. Estudiantes y profesores chinos de lengua española memorizan, redactan, repiten. El conocimiento discurre por esos canales y queda absorbido como pintura fresca por una mente adiestrada en su propia anulación. La profesora extranjera observa. Todavía ella misma carece de instrumentos de juicio, de una terminología que abarque la inmensidad del fenómeno que presencia. Pero observa, y esa observación -bienaventuradamente exenta de escrúpulos pluriculturales- va alimentándose en el fondo del aislamiento y la distancia con el calor de la indignación.

Nada puede salir de China y muy poco entrar en ella. Los manuales modestísimos, de fabricación propia, de que se valen en los centros de enseñanza, son, como cualquier escrito no oficial, material secreto cuya divulgación entraría en el espionaje. La última catástrofe, la Gran Revolución Cultural Proletaria, comienza tímidamente a remitir. Hay un hábito de cataclismo, de inundación como las de los grandes ríos, cuya avalancha arrastra y anega para retirarse luego a tomar fuerzas. Ocurrió anteriormente con las Cien Flores, y con el Gran Salto Adelante. ¿Pueden imaginarse apelativos más conformes a la distorsión completa de la realidad que éstos, que se refieren a la destrucción cultural absoluta, la purga generalizada de intelectuales y el hundimiento de la economía respectivamente?.

El material de enseñanza es secreto, pero será sacado del país y, pobre compensación para los sinsabores de la espía, empleado en su tesis doctoral sobre el lenguaje totalitario. Curiosamente, en aquel fajo de textos elaborados y utilizados por los profesores chinos de español para sus clases el tiempo ha tenido extraños efectos: Cubiertos de polvo y encanecidos, sin embargo han revelado su persistencia de espejos, se han empecinado en pervivir, fragmentados entre los comportamientos y las formas de las regiones libres, han conservado la voz de una increíble y vasta historia que se diría haber sido gritada en frecuencias inaudibles para el resto de la familia humana, una historia

de gran silencio e incomparable servidumbre repetida luego en escenarios menores y preservada hasta hoy, y hasta todos los mañanas, en las formas variables de la sumisión.

Vamos de una revolución a otra. La Gran Cultural erradicó cualquier cultura excepto consignas que caben en un puñado de libros. Lo hizo, especialmente en 1966-69 de una forma física, pero sobre todo desplegó una inmensa capacidad de sometimiento, hizo permeables hasta los últimos estratos de la conciencia y los configuró con su marchamo. En este 73-74 la prensa occidental habla alegremente de la *segunda Revolución Cultural* y la china se limita a afirmar que el gran experimento continúa; se ha enviado durante años a estudiantes, oficinistas, intelectuales, profesores, a trabajar en el campo y ahora se continúa su reciclaje. Incluso, con todas las prevenciones profilácticas que la pureza ideológica requiere, se comienza a contratar extranjeros en número particularmente insignificante respecto a la vastedad del país. El otoño va a transcurrir para la nueva profesora de español en el Instituto de Lenguas Extranjeras de Xian, la antigua capital, mil kilómetros hacia el interior; el invierno en un centro de Pekín para funcionarios con destinos en el extranjero, y, antes de la primavera, un nuevo cambio la envía al Instituto de Lenguas Extranjeras Número 2, de la capital, donde terminará el curso no sin visitar, en días libres, otras ciudades.

La pureza totalitaria de esta época es tal que la sitúa más allá de descubrimientos y reflexiones. Tiene la perfección de la porcelana, el brillo y la textura lisa y homogénea de un rostro horneado a la escala inconcebible de los planetas. Cualquier fragmento de su masa igual refleja la composición del resto y todos giran en un lento caleidoscopio que repite las formas de patrones perfectos. Cualquier sector es representativo, cualquiera es válido, el régimen de vida de los alumnos, el de los docentes, el material de enseñanza, la metodología didáctica, los textos, sus temas, estructuración y vocabulario. La unicidad seduce, el monoteísmo quizás embriaga, y es probable que se olvide que hubo, no hace tanto tiempo, otras cosas, otras lecturas, arte, otros caminos hacia la alegría de vivir. En Occidente circulan tan sólo pequeñas copias de la pulida superficie que recubre, opaca e inmaculada, gran parte del mapa de Asia. Hay, en los crisoles de Europa y América, los mismos ingredientes y piezas, pero dispersas en la multiplicidad de opciones. Las visitas, visitas oficiales, a la República Popular China navegan como las figuras pegadas sobre el espejo de un costurero. De vuelta al Oeste, difunden el reflejo que de sí mismos y de un armonioso recinto alcanzaron a ver. En alguna parte, al final de los mapas, como en los antiguos trazados medievales, existe un lugar en el que se ha fundado, esta vez sí, un sistema extraordinario. Nadie parece traspasar la frontera de porcelana, horadar su superficie ya consolidada por dos décadas de un régimen instaurado *sub specie aeternitatis*.

Es una sensación útil. La unicidad vende. Ella proporcionará, tanto hacia el este como al oeste, formas de vida, de impensable exquisitez por cuanto más raras, a los que manejan la aplicación de las normas, los enriquecerá con justificaciones de una simpleza inapelable, y borrarán tenazmente los rasgos que constituyen la individualidad.

El tiempo ha agrietado la porcelana. Como era obvio, pero omitido, bajo ella se aprietan capas de diverso material, masa de gentes dispar y granulosa que busca acomodo bajo la mudable superficie. Formas de actuar, de ser, gestos de una evasiva o de

una mano, alguien que toma posesión, desplaza y ríe, silencio, órdenes, la indeseada compañía que borra y arrinconaa al yo solitario, simplicidad y seguridad de lo repetido y hecho, ausencia de pasado y un presente tan breve y tan mudable como la imagen que de él se proporciona. Con los mismos materiales, pero de tamaño diverso, no han cesado jamás de fabricarse, en puntos dispersos, sin aparente relación, las mismas maquetas, los mismos destinatarios de perjuicios y beneficios. Se salta a otro siglo, se llega a otro milenio con la vaga certidumbre de que los grandes, trágicos fenómenos apenas existieron o, más bien, pertenecen a la categoría imprevisible de las catástrofes naturales. Nunca habitó tanto el olvido como en las dimensiones apenas abarcables, en los grandes números a los que quedan reducidas las diferencias de los individuos.

Todo es abstracto, explicable, es casi Historia. Pero llega un estudiante repitiendo una frase, entra en la memoria y ya no sale nunca de ella.

Imperio y periferia

Apreciamos lo adecuado de vuestra disposición y la justa pleitesía que rendís al emperador a cuyo poder se someten los demás reinos. Volved y decid a vuestro rey que nuestro glorioso imperio no necesita de vuestros presentes porque China posee en abundancia todo lo que puede ambicionarse. Nada deseamos ni precisamos de cuanto hay más allá, ni consideramos que, en lejanas tierras, puedan existir objetos dignos de nuestra curiosidad e interés. El príncipe que os envía ha obrado como le corresponde al mostrar sumisión y vasallaje al Hijo del Cielo. Decidle que esperamos que, en el futuro, no descuide el cumplimiento de sus obligaciones y persista en su respetuosa actitud.

Así habló el emperador de China a los primeros embajadores de monarcas europeos, que llegaron hasta él con regalos al comienzo de la era vertiginosa de la modernidad y los descubrimientos.

Lengua y pensamiento

La aceleración de la Historia ha distorsionado la visión del último siglo y puesto en un desmesurado primer plano a supervivientes y monopolizadores del espacio comunicativo. Desde el XIX la preocupación por la alfabetización y la educación ocupaba un puesto prioritario en las actividades de reformadores, regeneracionistas, revolucionarios y de prácticamente cualquier intelectual, y los chinos no fueron excepción al ideal de las repúblicas de profesores y sabios. Pero con dos corrientes que, si bien parecieron entremezclarse en sus orígenes, se decantaron pronto en direcciones opuestas: El partido comunista, por su mismo credo y naturaleza, estaba abocado a supeditar la educación a sus fines, al monopolio de su liderazgo y a la anulación, finalmente, de la realidad. Los demás, progresistas y renovadores, luchaban por mejoras de urgente aplicación, por concretos ideales de cambio a los que la reflexión, la formación y el compromiso individual dotaba de un marco moral; y fueron derrotados por la fuerza de los credos simples, de los hechos consumados y de la lógica del poder.

Segundo Viaje al Oeste

Los grandes movimientos educativos, en los que escolarización es sinónimo de propaganda, han llegado a la mayor parte del territorio. No se trata fundamentalmente de transmisión de conocimientos; ni siquiera se considera oportuno un currículum ge-

neral o un calendario aconsejable. Cada organismo, guardería y escuela es estatal. En cada caso la tarea prioritaria consistirá en la reverencia a las premisas sociales, en la adhesión visible y activa a las movilizaciones, tareas y aprendizaje de datos que, por el lugar o la coyuntura, tienen preferencia. En los años cincuenta ya está instalado un sistema que, sin alardes técnicos ni espionaje sofisticado, es perfectamente capaz de controlar a una extensísima población. Se trata de un panel de Comités Populares supervisados y dirigidos a todos sus niveles por miembros del Partido Comunista, dividido a su vez en las diversas capas que, inseparables del Ejército, se van estrechando en los ápices de los países-provincia de los que, por su naturaleza y extensión, en realidad China está formada, y que se concentran de manera definitiva en el núcleo de la cima. La fragmentación, la supuesta adaptación, pluralidad y descentralización de los saberes básicos constituye un importante recurso de la manipulación permanente, sumerge de continuo a los sujetos infantiles, adolescentes, adultos, en un perpetuo estado de inseguridad cuya única fuente definitiva de elementos estables es los textos transmitidos por los delegados del Gobierno. La realidad se difumina hasta desaparecer en beneficio de la interpretación *correcta* de los datos, de su pertinencia. Hay un zarandeo continuo de experimentos, movilizaciones, llamadas al combate, gozoso para los más jóvenes, a los que ofrece el sucedáneo de la libertad, temible para los mayores, a los que no queda más refugio que la minuciosa atención a la ortodoxia estatal. Son sintomáticas, en este sentido, la aparición, fisión y desaparición de los ministerios. El de Educación se había inaugurado en octubre de 1949. El de Educación Superior en el 52, para ser abolido en el 58 y restablecido en 1964; de él dependían universidades importantes, institutos de lenguas extranjeras y centros de formación del profesorado. La atención del régimen a cuanto concierne a educación y cultura es extrema puesto que ambas constituyen el ámbito, por antonomasia, del control del individuo. Más se aleja éste de la etapa de formación infantil mayor es su diferenciación en aptitudes, capacidad, dotes y esfuerzo. Queda atrás el homogéneo colectivo, la supuesta blancura de la página, el papel del voluntarismo como nivelador forzoso. El régimen, los sectores de él más acérrimamente enraizados a la perdurabilidad del poder, no puede admitir la diferenciación que tenazmente brota en las hornadas de estudiantes y que es una fuerza considerable-como saben muy bien los líderes por el recuerdo de su propia juventud-concentrada en universidades y centros de enseñanza superior a los que no se puede mantener, con la adecuada firmeza, bajo el control que los comités ejercen en los escolares y el medio rural. La evidencia sale tenazmente al paso del mito de la materia prima virgen, las revoluciones multitudinarias, los grupos anónimos, los individuos intercambiables y las premisas de infalible aplicación.

* * *

-¿Siempre quisiste estudiar español?

Pregunta la profesora extranjera al apacible colega que repasa sus apuntes.

-Oh, no. Al principio elegí el ruso. Para poder interrogar a los prisioneros.

En cuestión de diez años la nueva ventana al oeste se ha reducido a un búnker mientras los paisajes del mundo exterior han sido reemplazados por biombos decorados con una geografía humana que procede de las mentes y de la voluntad del Buró Político.

* * *

Nunca se valorará lo suficiente, en todas sus dimensiones, el peso del componente miedo en aquella etapa Y en las demás-incluida, por supuesto, la actual-en la que éste se utiliza, se difunde y presta su inestimable ayuda a la añoranza de control y medianía. La palabra no se suele citar jamás y despierta una reacción de inusitada defensa y exposición de principios cuando el elemento exterior, la cooperante extranjera, plantea explícitamente la palmaria evidencia del temor y restricciones que bañan la práctica cotidiana. Por entonces, en China, una de las responsables políticas del instituto, miembro del Partido, afirmaba con solemnidad el común disgusto ante la suposición de la censura de actos y palabras ya que *ellos gozaban de la plena libertad de la dictadura del proletariado*. Acto seguido se volvía a la exégesis de párrafos de los que se trillaban líneas de perfecta corrección. El mecanismo tenía las ventajas de la facilidad intelectual, por su ínfimo nivel discursivo, y de la indiscutible aceptación, no sólo por los dirigentes, sino también por los alumnos a los que iba destinado, los cuales mal podían atreverse a criticar la forma, gramática, interés o criterio de selección de páginas que repetían loas al Presidente y al Partido y consignas de obligado cumplimiento. La metodología que justifica la pobreza del contenido con la fidelidad a los principios es generalmente utilizada en tales campañas. La peculiaridad china radicaba en la inmensidad de su extensión y en el monopolio absoluto del poder.

Plataforma continental

Los compañeros de la profesora extranjera son-lo descubrirá pronto-supervivientes. Tienen la espalda, y algo permanente en su interior, curvada en la postura de quien está acostumbrado a presentar la mínima oposición al viento fuerte, de quien jamás cometerá el pecado nefando de destacar entre iguales. Tras ellos existe un pasado que para ella, para Isa, es inimaginable, pero que sin embargo comienza a imaginar. Porque un buen día de 1973 alguien a quien reprocha el ridículo de las danzas, Libro Rojo en mano, a las que ellos poco antes se libraban mañana y noche frente al retrato de Mao, le responde:

-Tú no sabes lo que hemos pasado.

Y ella se da cuenta de que lo sabe, y de que nada, ni horizontes, ni promesas, ni devociones ni silogismos, justifica que nadie pase por aquello. Sólo ha comenzado a saber el principio, pero no existen puertas hacia el secreto. La evidencia siempre ha estado allí, desplegada, temible, protegida ante el mundo por la aparentemente irremediable solidez de su espanto. No ha sido necesario un viaje al continente oscuro donde, en un pueblo perdido de la selva africana, al final del trayecto por un remoto río, un hombre se encuentra a otro que ha hallado el corazón inexplicable del horror. Éste de China es un horror organizado, tranquilo, bajo un cielo límpido, explicado con argumentos razonables, ofrecido con finalidades benéficas. Puede habitarse en él y no advertir el metal implacable del que están hechos sus sueños. Se ha visitado entre sonrisas, va a perdurar por el argumento doble del hecho consumado y la consumada cobardía de quienes, de lejos, jugueteaban con el sonido de las palabras y sonreían a un paraíso que podía ser su propio, e inocuo, Yenán.

La evidencia no comenzó con aquellas palabras. Viene del avión y de los primeros pasos, de la recepción, las calles, el enorme mural sobre el Presidente y los muros alumbrados por una bombilla triste. Existió continuamente, incluso en los sueños y en las escapadas a la naturaleza, en la que Isa bebía la sensación de algo gratuito y libre, en el arte que emergía entre cascotes sus restos de naufrago. Pisaba el territorio más devastado de libertad que imaginarse pudiera.

* * *

Substancialmente se trata de una sublimación del irracionalismo, de la sustitución del saber, la razón y la lógica por una idea, un culto a la voluntad única fijada en un ser concreto, en Mao, o en un ente comunitario, y de ficción, las amplias masas, que desplaza y proscribe los conceptos de la calidad y el valor.

Los estudiantes exponían e imponían. Una de las maniobras clave del maoísmo fue la adulación de la juventud, la creación de una pinza adolescentes/incondicionales entre la que quedaba aplastado el sector maduro, culto y reflexivo. El Líder puso en pie a una incontable guardia pretoriana, al peligroso animal de los veinte años, y le dio plenos poderes para denunciar y perseguir al enemigo, a los representantes de la autoridad más próximos, a profesores, decanos, escritores, periodistas, y también a sus propios padres. Los guardias rojos nada sabían de la situación interior y exterior, ni de la historia pasada o presente, como era lógico esperar de la formación filtrada y remodelada que les daba el sistema. Pero encauzaban su energía en la crítica de lo que habían conocido, en el sistema educativo, en el que rastreaban cuanto era antiguo, burgués y condenable.

Marea baja

La idea de la persona intercambiable, rellenable sucesivamente de distintas materias, siempre disponible según las normas del momento y carente de perfil individual pertenece desde antiguo al socialismo de corte militar que impregna el credo del sistema. Mao nunca ha reparado en gastos a la hora de disponer de millones de hombres. Es famosa su estrategia de la guerra de oleadas, según la cual China nunca podría ser vencida gracias a lo fácil que era para su Gobierno ir reemplazando, según caían, unos miles de soldados por otros. La teoría del hombre nuevo e impoluto, del ser homogéneo, de la mecánica castrense y administrativa y del igualitario moldeado de la masa social alcanza aquí su sublimación. Los escritos que la reflejan, lejos de ser simple representación de ideas, nacen como premisas infalibles y universales, únicas aplicables-en todos los terrenos-y se hallan fuera de toda discusión. Cuando, en países de estructura no totalitaria, se coquetea con aspiraciones semejantes en la frágil probeta que es la educación y la cultura, se buscará el apoyo de la Ley, el vago recurso a enunciados en cuya conmovedora filantropía se alberga el deseo de la tabla rasa.

* * *

El saber en sí, la teoría, la calidad, la especialización, la universalidad de los conocimientos, son objeto de abominación e incesantemente criticados como ejemplos de la línea revisionista de Liu Shao-shi:

(los reaccionarios) se entregan a una inversión de la historia, se apropian de los descubrimientos e invenciones de los trabajadores, defienden la «preponderancia de los expertos» para ayudar a la burguesía a asegurar su monopolio de la ciencia y la técnica; predicán la «superioridad de la teoría», comercializan la enseñanza, hacen de ella deliberadamente un misterio y la encarecen para favorecer así al reino de los intelectuales burgueses en las escuelas; afirman «el papel decisivo de las condiciones materiales y técnicas», niegan ese factor determinante que es el hombre y reprimen la inmensa fuerza creadora de las masas populares (...) Nosotros hemos comprendido perfectamente que el invencible pensamiento maotsetung es el arma ideológica fundamental en la redacción de los nuevos manuales de enseñanza. (Op. Cit.)

Tres décadas después, los tópicos invocados dejan, en el lector europeo, una curiosa sensación de *déjà vu*, en fechas, por cierto, recientes. Si se sustituye *el invencible pensamiento maotsetung* por la invocación a alguna supuestamente genial ley o reforma educativa, el ataque a cuanto enriquece y diversifica el pensamiento humano parece ser tópico de obligado cumplimiento, y la devastación producida por sus aplicaciones depende simplemente de la fuerza de la que en ese momento el sector en el poder disponga.

Cambio de archipiélago

Ella todavía no lo sabe, pero pertenece a una casta de extraños sacerdotes de los que la rebeldía, la solitaria y acostumbrada rebeldía, le impedirá formar parte, una curiosa congregación que busca en lejanos territorios a sus víctimas y se confiesa fiel a paraísos que se guardaría mucho de hollar. China figuraba en el repertorio de los paraísos y ha ido allí por eso, para ver la realización de un mundo nuevo, del sistema que en nada se parece a otros y ha borrado de las relaciones entre personas la turbia explotación por intereses, la voracidad del dinero y el lento robo en trabajos sombríos de las horas de la vida. La profesora extranjera viene del corazón gris de las ciudades de Europa y ha dejado atrás barrios tristes que rodean a las estaciones, bares equívocos de patética oferta, paredes en las que alguien pintó fuera los inmigrantes, trenes que van y vienen en la gélida madrugada y el anochecer temprano, hombres del caliente sur que creen con la ingenuidad de los niños en la economía sin capitales, en edades doradas en las que se vivía en la armonía idílica del león y el cordero. Ha cruzado la frontera que separa aún España del desarrollo y ha esperado, con inquietud por sus paquetes de conservas y embutidos, entre la gente que lleva maletas de cartón atadas con sogas y las van poniendo en el mostrador tras el que inspeccionan guardias desdeñosos que hablan francés.

El mundo puede ser otra cosa distinta del insoportable hastío de Bruselas, del París salvaje que se extiende en torno al frío y bello corazón de La Cité, diferente de países del lejano planeta de los pobres, de los que sólo conoce la orla sahariana y en los que hierve tal ansia de futuro, tan denodado empeño en creer que alguien les robó, en algún recodo de la Historia, la dicha. Ellos, como ella, personajes sin fin de creados intereses, precisaban sentirse superiores a su propia vida.

China miraba complaciente a naciones de poco peso y a grupúsculos. Con ellos adornaba la ficticia geografía, que mostraba a los suyos, del espacio exterior. La profesora extranjera es un grano de arena advenedizo, mostrenco de partido y militancia, al que pronto expulsará el engranaje, un ser que obra según sus impulsos guiado por un viejo instinto de libertad al que acompaña la pausa fría, extemporánea en el clímax de la pasión y del rechazo, de la razón. Cuando se mezcla con otros colegas que llegan

como navegantes a las playas de la tierra prometida, ella estará sola, gustará de la misma distancia que ya antes le impedía unirse a aquella variedad de grupos que ofrecían la España del futuro. La distancia, reencontrada a la vuelta,...

* * *

Allí, por vez primera, la recién llegada echa un vistazo a cárceles que en nada se parecen a las ordinarias, a persecuciones y arrestos al lado de los cuales aquéllos de los que ella tiene noticia recuerdan a una bulliciosa charla de café. Estos son otra cosa, parecen transcurrir bajo el agua, en un líquido opaco y espeso que actúa como reja y muro, que desdibuja el perfil de las prisiones, anula las sentencias y los jueces y se instala con la omnipotencia de Dios en cada centímetro de espacio. Luego avanza, penetra por orificios, más allá de la piel, en el mayor silencio, toma posesión, disuelve, traslada en madrugada frías a lugares anónimos, perdida la cuenta del reloj y del calendario. Sin que nadie vuelva la mirada. Alguien no está; o está en alguna parte, parcial, precariamente, como se borran y modifican líneas en una hoja de papel. Los que han vuelto tienen quizás la transparencia de un empeño tenaz por lograr la invisibilidad, la perfecta adaptación; son el casco de embarcaciones de las que se ha arrojado cuanto constituía el pasaje para evitar el hundimiento.

* * *

Toda la cultura de un inmenso y viejo país que presenció los balbuceos de la imprenta y el papel se ha evaporado. Estanterías que, en el polo opuesto de la biblioteca de Borges, reducen a un reiterado simulacro la grafía inacabable de los escritores. Aquí la variación reside en el tipo de impresión, color y tamaño. Los autores se limitan a los clásicos y neoclásicos marxistas, a Lu Sin, algunas historias de trabajadores modelo y muy poco más. Marx, Engels, Lenin, Stalin, Kim Il-Sung, Enver Hodja, y, Mao, omnipresente, que reina en el vértice señero de la pureza ideológica. Mao en todos los formatos, principio y fin de las hileras, bondadoso en su devoción paternal por el pueblo, lírico en sus poemas juveniles, enérgico en sus consignas, categórico en sus definiciones, beligerante en sus estrategias, definitivo en el conjunto de sus obras. La Revolución Cultural proscribió las demás obras, tanto de chinos como de extranjeros... (...)...La profesora de español es, en China, una orwelliana *avant la lettre*. No ha leído todavía *1984*, y, tras su regreso a España, cuando lo haga, una tarde de invierno, cerrará el libro al terminar la última línea y bajará a la calle para sentir a la gente, con un ataque de miedo insuperable que tiene mucho del frío glacial de los paisajes de De Quirico. Sabe que nunca saldrá del todo de aquella librería cuyos falsos volúmenes no reproducen sino una voluntad abrumadora y ajena a la vida y el pensamiento, un puro gesto de dominio que aplasta como una mano al que recorre las estanterías con su frágil y temerosa individualidad a cuestas.

Tierra adentro

Las cribas sucesivas por parte de secciones, departamentos, representantes, responsables, colegas del mismo centro y de otros similares, despojan a los textos que se emplean de cualquier veleidad de apreciación intelectual o estética. Es el reino del

equipo, y fuera de una pureza maoísta inatacable en la que refugiarse a la menor crítica no hay salvación. Éstas son ya las tierras compactas, aledañas al núcleo del continente totalitario, fruto de un socialismo depurado en el que el individuo carece de existencia y no hay, de página a página y de línea a línea, la menor brizna de iniciativa personal. El grado de censura es simplemente inimaginable porque supera al término y carece incluso de referencias adecuadamente comparativas. El Santo Oficio, la prensa del Movimiento, las virtuosas novelas victorianas y los poemas épicos al Augusto César son un chispeante hervidero en el que los parámetros oficiales coexisten, en un transparente juego de presencias y referencias, con la independencia del ingenio y del impulso. Este continente no tiene igual. Pudo tenerlo en el nazi, pero faltaron años y asentamiento para la petrificación definitiva de éste.

* * *

La cooperante ha seleccionado para comprensión oral un texto breve de Julio Camba. El escritor visita una tienda de trajes hechos e intenta, sin éxito, abotonarse la chaqueta. El dueño defiende la impecable hechura de las prendas y a Camba no le queda pues como conclusión sino que el mal cortado es él. El responsable veta el empleo del texto porque no corresponde a la realidad, ya que en China todos los vendedores sirven al pueblo.

-¿Insinúa usted que en España, donde ocurre la historia, hay vendedores que no sirven al pueblo?-pregunta la cooperante.

-Oh, no.

-Pues los hay, créame.

El texto no se usa.

Para el tercer año la extranjera presenta un reportaje sobre el entierro de Pablo Neruda en el Santiago de Chile amordazado por la Junta. Se le comunica que es inadecuado y ya ha sido reemplazado por otro sobre la construcción del puente sobre el río Yangtsé. Se le aclara que Neruda está incluido en el índice de autores condenados, por haber escrito un poema contra el Presidente Mao.

También se elimina un análisis, bien documentado y tomado de una revista de solvencia, sobre la emigración en Europa. Lo reemplaza el ditirambo escrito por un diplomático y aparecido en un periódico mejicano con el título *La sonrisa china*.

-Queremos textos sobre China-dicen.

Cuando se habla del extranjero es para pintar una sociedad decimonónica de hambre, explotación y esclavitud, frente a la que resalte la feliz vida de los obreros de la República Popular.

La cooperante selecciona pues un artículo sobre economía china de Leontieff, francamente elogioso, aparecido en un periódico español. La censura de la sección corta sin embargo las dos únicas líneas que comportaban un asomo de análisis crítico y de duda. En ellas se decía que Pekín, por lo pronto, no podía permitirse lujos y que correspondía al futuro plantearse el problema de mayor demanda cualitativa, incluyendo el terreno de las libertades.

-Es inadmisibile. No podemos admitir esto. Dice que en China no hay libertad ahora, lo cual es falso porque los chinos la gozan plenamente. Lo que no existe es la libertad burguesa.-dicho esto con la contundencia de quien ignora el perfecto ejemplo de neolengua que está enunciando.

La lucha de clases es una fuente de irracionalidad que produce de continuo espléndidos frutos. A ella no escapa concepto alguno y, con el feliz desdoblamiento que implica, habrá plantas, cadenas lógicas y circunvoluciones planetarias que serán *malas* o *buenas* según pertenezcan a la clase elegida por el jehová marxista o a su contraria.

En un cuento de Cardoso, el viejo campesino al que mataron a su hijo en la guerra prefiere tirar su rejón al pozo mejor que dárselo al cabo cuando se presenta a recoger hierro viejo para fundir armas que servirán para matar a otros muchachos y dejar solos a sus padres. Los profesores chinos no podían arriesgarse a opinar sobre el cuento. Necesitaban saber si la guerra era justa o injusta, la línea política del escritor, su intencionalidad, etc. Nada había de prudencia de juicio en su actitud y todo del miedo que impregnaba sus actos. La innegable comicidad del asunto desde la segura distancia del occidental adquiría tintes de profundo patetismo vista a la altura de quienes carecían de salidas y se caracterizaban por la incapacidad de abordar la realidad sin la ortopedia de directivas, sin una polarización previa bien/mal dada por el Partido. Su trayectoria mental consistía en saltar limpiamente sobre el hecho concreto porque disponían de la respuesta aun antes de que éste se produjera. De no existir directivas, la regla era abstenerse de opinar.

Un pasaje de López Salinas levantó ásperas discusiones antes de ser aceptado como lectura para casa de los alumnos. Los profesores debían incluir en el manual un texto español original que cuadrara con el movimiento de crítica a Confucio, lo cual evidentemente no era fácil. Salinas reflejaba los lazos seculares del conformismo religioso entre el campesinado de Andalucía, por lo que a la cooperante le pareció adecuado. Sin embargo era ideológicamente imperfecto porque los campesinos, o alguno de ellos, no manifestaban como conclusión sentimientos de rebeldía y llamadas a la lucha. El responsable añadió una nota explicativa que marcaba la justa línea que hubieran debido tomar los descuidados campesinos andaluces.

El desinterés por el mundo exterior es, en el régimen chino, olímpico excepto cuando se trata de deformarlo. Interesa en primer lugar China, y según los parámetros de la ortodoxia estatal; el resto del planeta sirve a esta visión. Como comprensión oral de los alumnos de segundo año, un profesor chino había redactado el texto siguiente: la historia pasa en Washington, donde grandes almacenes, parques y rascacielos son exclusivamente para los ricos. Los trabajadores están desprovistos de todo y viven peor que las bestias, sufriendo hambre y frío. Un obrero norteamericano en paro recoge del suelo en un mercado restos de verduras con que alimentar a su familia. Por desgracia tropieza con un rico banquero y le mancha el traje. El potentado le golpea y llama a un policía para que le arreste.

Impune, cotidianamente, el régimen del Partido Comunista Chino ha vertido sobre sus ciudadanos las mentiras más crasas, las falsedades más evidentes, desde la infancia, en la adolescencia, durante el resto de la vida y a todos los niveles, ha privado de infor-

mación, formación y referencias, y ha hecho un medio ambiente y un hábito de la deformación y de la reducción a mínimos del pensamiento.

La sonrisa de Aristóteles

-No comprendo cómo hay tanto miedo a expresar opiniones personales.

La observación es acogida con extrema tirantez. Sigue una reunión del departamento de español en pleno para hacer saber que *no nos ha gustado que se diga que tenemos miedo. Los chinos son perfectamente libres, no temen a nada. Disfrutamos de la completa libertad de la dictadura del proletariado.*

La palabra era un tabú extraordinario precisamente por su pertinencia. El complicado juego verbal de omisiones, antítesis, paradojas y eufemismos no era sino el recurso para despojar a las realidades de existencia suprimiendo su auténtico apelativo. En este sentido, tal vez la verdad es siempre revolucionaria. La verbalización de los ausentes significaba darles existencia, romper el orden de lo establecido, desvelar caminos a un pensamiento que hasta entonces discurría por una sola dimensión. El hablante no podía reaccionar sino con la angustia que, por ejemplo, experimentan ciertos sujetos patológicamente reprimidos ante las alusiones al sexo. El sistema, los medios de comunicación, las directivas, lo que continuamente lee y oye tienden a crear en él-y de hecho lo logran-un reflejo negativo, desagradable, ante palabras, frases, connotaciones semánticas que no se hallan en la tipificación oficial. Se trata de una defensa que el individuo desarrolla para evitar conflictos dolorosos provenientes de su medio social. El rechazo limita y empobrece, pero al menos ahorra en parte la angustia y favorece la adaptación a condiciones que no puede cambiar y hacia las que le es indispensable, en pro de un mínimo de equilibrio vital, mostrar aceptación.

un entrenamiento mental complicado, que comienza en la infancia y se concentra en torno a las palabras neolingüísticas «paracrimen», «negroblanco» y «doblepensar», le convierte en un ser incapaz de pensar demasiado sobre cualquier tema (...) las especulaciones que podrían quizá llevar a una actitud escéptica o rebelde son aplastadas en sus comienzos, o, mejor dicho, antes de asomar a la consciencia, mediante la disciplina interna adquirida desde la niñez. La primera etapa de esta disciplina, que puede ser enseñada incluso a los niños, se llama en neolengua «paracrimen». «Paracrimen» significa la facultad de parar, de cortar en seco, de modo casi instintivo, todo pensamiento peligroso que pretenda salir a la superficie. Incluye esta facultad la de no percibir las analogías, de no darse cuenta de los errores de la lógica, de no comprender los razonamientos más sencillos (...) y de sentirse fastidiado e incluso asqueado por todo pensamiento orientado en una dirección herética.»Paracrimen» equivale, pues, a estupidez protectora (George Orwell. 1984).

* * *

No era cuestión de inocencia, de irremediable condicionamiento, y nada más ilustrativo de ello que el efecto producido en los individuos y los beneficios que obtenía por medio de tales instrumentos el Gobierno. Precisamente la insistencia exterior en el relativismo de los términos y de las costumbres proporcionó al régimen una de sus mejores justificaciones.

La unión de contrarios, el uso generalizado del eufemismo y de la mutabilidad permanente tanto de la historia como de la realidad objetiva producían en hablante, oyente, lector, alumnos y profesores una curiosa dualidad mental y expresiva, una escisión que

podría denominarse «esquizofrenia necesaria». La objetividad y la memoria son indispensables en la vida práctica y no desaparecen; sin embargo su funcionamiento debe anularse cada vez que existe contradicción con las consignas.

«negroblanco» (...) tiene dos significados contradictorios. Aplicada a un contrario significa la costumbre de asegurar descaradamente que lo negro es blanco, en contradicción con la realidad de los hechos. Aplicada a un miembro del Partido significa la buena y leal voluntad de afirmar que lo negro es blanco cuando la disciplina del Partido lo exija. Pero también se designa con esa palabra la facultad de creer que lo negro es blanco, más aún, de saber que lo negro es blanco y olvidar que alguna vez se creyó lo contrario (...) «Doble-pensar» significa el poder, la facultad de sostener dos opiniones contradictorias simultáneamente, dos creencias contrarias albergadas a la vez en la mente (...). El gran éxito del Partido es haber logrado un sistema de pensamiento en que tanto la consciencia como la inconsciencia pueden existir simultáneamente (George Orwell. 1984).

Vuelve una frase, compuesta por los profesores chinos de español del Instituto de Lenguas Extranjeras n° 2 de Pekín, que quedará como perfecta muestra de unión de contrarios y suplantación del raciocinio: *No importa que las palabras de los conductores sean ininteligibles para nosotros, porque comprendemos su sentido.*

Fuera de las palabras, no puede olvidarse la estructura de celdillas de vigilancia y autovigilancia en que todos ellos habitaban, la reglamentada canalización de autoridad e informaciones, la capitalización por parte del sistema de sentimientos positivos y negativos, de energía, agresividad, aspiraciones, frustraciones y ansias, los reductos de seguridad como el automatismo memorístico y el apego a la pauta y el modelo, el miedo al error, la necesidad de imitación y de beneplácito. Se obtenía a cambio, con la limitación de la inteligencia y la disolución de la conciencia autónoma, una considerable reducción de la angustia, como el dolor de una amputación que se olvida; se lograba la acogedora integración gregaria que permitía ignorar la vasta mentira de las repeticiones cotidianas.

Veinte años son todo

-No hubo muchas víctimas, en nuestro instituto no hubo, casi, víctimas.

F lleva en España medio año. Su dominio del castellano ha ido subiendo cotas durante varias estancias como becaria en países extranjeros. Ha llegado a Madrid y se ha apresurado a tomar contacto con la antigua profesora que, hace mucho tiempo, cuando ella era la más joven del seminario de español, estuvo en su instituto. Isa la lleva a todas partes, a lo largo y a lo ancho de la geografía peninsular y al corazón de las dulces noches de la ciudad. F absorbe como una esponja, pero no deja escapar nada. Apenas una gota de pasado, ni una palabra de acontecimientos políticos; alusiones dispersas a su infancia y su primera juventud. Isa no puede aprovecharse de su posición de anfitrión, del dominio que le otorga este tutelaje temporal y oficioso.

Hoy, sin especial emoción ni motivo, F ha citado, de pasada, la historia de un muerto.

-Fue por las críticas de la Revolución Cultural, ya sabes. Se suicidó tirándose a un pozo. ¿Lo recuerdas? Donde la caseta de herramientas para el jardín.

-Debieron de ser terribles esas sesiones. ¿Y tú....?

-Yo no hice daño a ninguna persona.

(...)

F lo pasó bien porque se pasa bien en las guerras. Estuvo en los desfiles, agitó el Libro, participó en debates las veinticuatro horas del día y conoció el éxtasis de ser uno con un millón congregado en la plaza de Tien Men, de comulgar con un rostro y unas consignas. Incluso entonces, mientras sus compañeros organizaban autos de fe y comunas, quemaban libros y paseaban herejes, es muy posible que ella no hiciera daño a ninguna persona. Luego, a finales de agosto del 68, el Ejército los retiró de escena. Mientras las hojas del calendario, y el entusiasmo, caían los jóvenes que habían sido estudiantes se encontraron en lugares distantes, cavando, picando, construyendo barracones y dirigiendo a la yunta bajo la vigilancia de soldados que se ocupaban de que no abandonasen el lugar.

Los exguardias rojos pasaron así cinco, diez, quince años, o toda la vida, según influencias y circunstancias, a cientos o miles de kilómetros de su hogar, vivieron a nivel de subsistencia, olvidaron sus estudios, carecieron de relaciones sexuales hasta el tardío matrimonio autorizado y se aparearon en fugaces encuentros con sus cónyuges. Como F. Luego crió sola a su niño. Vio a su marido a veces. Se reunieron más tarde; y se separaron durante años, por motivos de trabajo, cuando en uno u otro caso se les asignaron becas en el extranjero.

- Nos robaron la juventud. Robaron la juventud a nuestra generación.

F ha dicho esto sin mayor énfasis, sin rebelión alguna. Como se habla de terremotos o de alguna crecida del gran río. No se ha rescatado. En ningún momento ha buscado culpables, ni ha justificado el impulso que la llevó a sí misma a participar en campañas y movimientos, secundar acciones, afirmar inquebrantable adhesión a premisas que, con signo opuesto, el Partido hace públicas cada pocos años. A todas asiente. No ha tenido reparos en dejar cada vez lo que por yo se entiende en las manos que lo reclamaban y seguir, cuerpo adelante, sobre la pasajera ondulación de consignas respecto a cuya fuente no posee el menor poder.

Ha viajado. Su hijo único tiene ante sí una brillante carrera. Ella no acaba de entender a los jóvenes: el único ideal que tienen parece ser ganar dinero. El Gobierno ha dicho que hay que ser rico. Un país, dos sistemas. Capitalismo y marxismo. Socialismo de mercado. Está bien.

* * *

No hay mejor lápida que el vasto territorio de los números. Las víctimas, cuando sobrepasan ciertas cifras, lo son mucho menos. Además, cuanto mejor está hecho el archipiélago más carecen de espectacularidad. Sobrevolada en el tiempo y la distancia, la geografía orwell parece simplemente un terreno de peculiar estructura que invita a la descripción social, al análisis teórico y que pertenece a la sobremesa meditativa del sabio, a las veladas del filósofo y al material de que están hechos los seminarios de historia contemporánea. Pero había beneficiarios. Todo no quedaba en la puesta en práctica de ideales de discutible eficacia impulsados por hombres íntegros. La sumisión al futuro, la más implacable e inapelable de las sumisiones, otorgaba ilimitados derechos a un clan

que transmitía las claves de su estructura dentro del círculo de sus fieles. Éstos gozaban de la mayor riqueza: la distinción entre forzosamente iguales, las especiales raciones de seguridad, las ventajas en la vida cotidiana. El régimen saciaba, sobre todo, la más antigua de las pasiones, la motivación bíblica del primer crimen:

si accediera a ese poder, hasta lograría desviar de sus habituales principios al mejor hombre del mundo, ya que, debido a la prosperidad de que goza, en su corazón cobra aliento la soberbia; y la envidia es connatural al hombre desde su origen (...) envidia a los más destacados mientras están en su corte y se hallan con vida, se lleva bien, en cambio, con los ciudadanos de peor ralea (Heródoto. Historia. Libro III).

Suele subestimarse la fuerza de la envidia, su simplicidad irrefutable y el terreno extenso de su arraigo. El manejo del término igualdad, si no se limita a derechos, es un arma letal extraordinaria cuando se trata de segar espigas y cabezas que sobrepasan, tiene garantizadas la buena acogida multitudinaria y la eficacia en motivaciones a corto plazo, siembra de sal pero ofrece el atractivo irresistible de la esterilidad del vecino.

* * *

El Comunismo puro, las máximas del Gran Salto Adelante y las de la Gran Revolución Cultural Proletaria se realizaron rigurosa, exacta y completamente en un lugar cercano bajo el apoyo, guía y responsabilidad directa del Gobierno Chino. El Mañana socialista, la Parusía de Marx y de Lenin fue hoy, y fue en Camboya.

Durante cuatro años Camboya fue probeta de la utopía, escenario de un fenómeno único: allí se llevó a cabo hasta sus últimas consecuencias el experimento del Hombre Nuevo, se hicieron realidad la abolición del dinero, la vuelta al campo y el abandono de las ciudades, el nacionalismo radical y la perfecta xenofobia, el régimen de autarquía, la sociedad sin clases, la desaparición de las élites (excepto, naturalmente, el Partido), la aniquilación de los intelectuales en el sentido literal y etimológico del término, la generalización del trabajo manual, la supresión del individuo, la instauración del igualitarismo. Todos los tópicos en que se ha complacido una supuesta izquierda occidental cómoda, poco amante de análisis y siempre dispuesta a defender paraísos a costa de otros, se hicieron en ese rincón del sudeste asiático realidad. Como ocurrió en la Unión Soviética, en Corea del Norte, en Albania y, por supuesto, en China. Pero el caso de Camboya es único en la concentración de espacio y tiempo y en el rigor del experimento. Los khmeres rojos aislaron su probeta del mundo exterior en abril de 1975, poco antes de la retirada estadounidense y la caída de Saigón. El ejército vietnamita irrumpió en enero de 1979 y se encontró con un genocidio de casi un tercio de la población y la reducción de un país antes abundante en recursos, donde se comía bien y que comenzaba su modernización a un territorio famélico y desolado, sin ciudades, hospitales, escuelas ni carreteras.

* * *

Las ejecuciones siegan continuamente a aquéllos cuya edad los convierte en meros sacos de pensamientos y hábitos indeseables. La cúpula secreta del Angkar experimenta, con las manos totalmente libres y las armas proporcionadas por China, en búsqueda de su futuro paraíso; para ello se vale, siguiendo fielmente las técnicas de la Revolución

Cultural, del segmento de población más manipulable, adolescentes y niños adiestrados y fanatizados en los que el vacío de experiencias y juicio crítico se considera como pureza social y a los que se alecciona en la devoción íntegra al Partido y la ausencia de otros afectos.

El soldado era analfabeto: «Esos libros contienen pensamientos imperialistas.(...) Esta escritura es imperialista» (...) Me di cuenta de que el francés y el inglés eran dos lenguas prohibidas en la nueva Camboya. (...) Incluso los libros escritos en lengua khmer (...), según el soldado, eran reliquias de la cultura feudal. (...) Detestaban a los intelectuales, a los especialistas. Afirmaban que los diplomas eran papel inútil (...) Lo que contaba era el trabajo concreto.(...) Las obras públicas se ejecutaban contra todo sentido común El resultado era lamentable: canales en sentido inverso, diques destruidos por las primeras lluvias. (...) La organización rural de los khmeres rojos estaba calcada del modelo de las comunas populares chinas. La cooperativa era la emanación del pensamiento marxista-leninista.(...) Ningún trabajo era definitivo. De un día a otro el equipo de enfermeros se encontraba cocinando, pescando o cultivando hortalizas. El personal del hospital debía ser polivalente. (...) Todos, hasta los imbéciles notorios, debían dar pruebas de espíritu de iniciativa. (...) Los khmeres rojos empleaban un vocabulario lleno de arcaísmos. Ese lenguaje especial nos había llamado la atención en Cheu Kbmán. Como revolucionarios integristas, introducían el igualitarismo en el vocabulario.(...) El tema de la prueba y de la purificación volvía constantemente en los sermones de los cuadros (...) El hombre privado de lazos familiares, de propiedad, de gustos individuales, era bien considerado (...) Se creía otro hombre, pero le habían inyectado una personalidad ficticia. El ignorante, pese a todos los lavados de cerebro, sigue siendo un ignorante. (...) colocado en puestos de mando, podía matar a sus compatriotas sin el menor escrúpulo. (op. cit.)

La reducida extensión y población y las circunstancias de aislamiento hacen del régimen un espécimen químicamente puro del fin justifica los medios y una indiscutible ejemplificación de la teoría del partido único exclusivo representante de los intereses del pueblo y constructor, al precio que los líderes juzguen conveniente, de un futuro de modélica igualdad. En este sentido el Angkar ofrece a la Historia un caso de consecuencia política en la teoría-práctica que recuerda a las realizaciones hitlerianas o a las purgas estalinistas, aunque en el caso de Camboya lo apretado del tiempo hace el ejemplo más visible. El exterminio de un tercio de sus compatriotas, unos dos de los seis millones de habitantes, no es, con resultar abrumador, el principal rasgo de la dictadura de los khmeres rojos. Lo que tipifica estas muertes y hace de ellas un tema de obligada reflexión para la conciencia mundial es la densidad de su terror, la estupidez sublimada en teoría que sirve de base a los antiguos guerrilleros cuando aplican en toda su pureza la supeditación incondicional a las metas propuestas. Dado un fin, que es la consecución de una sociedad nueva, edénica, sin clases, absolutamente igualitaria, desprovista de relaciones de comercio, de trabajo asalariado y de moneda, éste fin justifica cualquier acción. En tal esquema el primer enemigo es el ser humano, por su congénita pluralidad y contradicciones, sometido a sentimientos y a lazos afectivos, a aspiraciones intelectuales y a ambición social. El enemigo será menor cuanto menos persona formada, tal es el caso del niño, y el único ciudadano aceptable para el régimen sería, pues, el inexistente, en el que cabe la proyección de todas las utopías.